

XIII

Un nuevo golpe le esperaba en la Noirande. Lucía había muerto aquel mismo día.

Cuando Guillermo llegó encontró á la niña en la agonía. Una de esas fiebres bruscas, inevitables que atacan en plena convalecencia, la mataba. Abrasada, buscando con sus manos el fresco de las sábanas, sacaba hacia fuera sus enflaquecidos y temblorosos bracitos. Crisis de delirio, la hacían agitarse y luchar contra alguna cosa invisible que parecía contemplar con sus miradas fijas y sin expresión. Se hubiera dicho que no tenía en la cara más que ojos, que se velaban poco á poco como manantial de agua limpia que ensucia una ola de arena. Cuando su padre entró, no la había reconocido. Inclinado sobre el lecho de la enfermita, Guillermo la miraba con aire consternado, sintiendo que el corazón se le desgarraba. El dolor que sentía en el pecho viendo sufrir á su hija, parecía convencerle que le pertenecía por completo; con inmenso disgusto de haberla rechazado, se aproximaba á ella para disputársela á la muerte. Era el despertar de un amor lleno de indecible angustia. La niña se moría. Por un instante cesó el delirio, y la enferma tuvo una sonrisa de niña mimada. Después mirando á su alrededor, como si despertase, pareció acordarse de todo y reconocer todos los objetos. Tendió los bracitos á su padre repitiendo estas palabras

que le eran habituales y á las que dió un acento de cariñoso mimo:

—Cógeme, cógeme, decía.

Guillermo se inclinó para cogerla, alegre, creyéndola salvada; pero al ir á levantarla sintió que se agitaba bruscamente el cuerpecito de la niña: estaba muerta.

La colocó nuevamente en el lecho, y se arrodilló á su lado sin poder llorar. Pronto no tuvo valor para mirarla; la muerte contrajo los labios de la niña, y en su boca se acentuaba la mueca que tanto la asemejaba á Jacobo. Aterrado por aquel efecto de la rigidez cadavérica, se esforzó en orar sin fijarse más que en las manecitas de la niña que él mismo había cruzado sobre el pecho. Pero á su pesar miraba siempre á la cara. Acabó por salir de la estancia dejando á Genoveva sola al lado de Lucía.

Cuando Magdalena atravesaba el vestíbulo, presintió una desgracia.

El comedor estaba frío y oscuro, la casa entera parecía desierta. Un fúnebre canto guió á la joven hasta el piso primero y al cuarto donde descansaba el cuerpo de su hija. A la cabecera de la cama estaba Genoveva salmodiando unas oraciones. El atroz espectáculo que esperaba allí á Magdalena, la niña cuya pálida cabecita se hundía en la almohada, la fanática orando de rodillas á la vacilante luz de una bujía, la causaron tanta impresión, que se detuvo en el umbral inmóvil y fría. Una sola ojeada le bastó para comprenderlo todo. Desde por la mañana incluso el recuerdo de su hija se había borrado de su memoria. Avanzó lentamente hacia el lecho. Al ver muerta á su hija experimentó una especie de íntimo consuelo. Era un obstáculo menos para su suicidio; podía matarse sin el temor de dejar tras sí á una infeliz criatura, cuyo nacimiento debió presidir la desgracia. Llegada al borde de la cama, no vertió ni una lágrima, se dijo sencillamente que dentro de algunas horas estaría ella también rígida y fría. Sin la certeza de que había de morir, se hubiera arrojado sobre el cadáver con desgarradores sollozos, pero la seguridad de su pronta muerte, no la dejaba sentir la pérdida de su hija. La asaltó únicamente el deseo de abrazarla por vez postrera, pero al inclinarse para hacerlo, creyó ver á Jacobo ante ella; le pareció que los labios de la muerta, eran los de su amante, aquellos mismos labios que ella había besado con placer voluptuoso aquella misma mañana. Por un movimiento de terror instintivo retrocedió.

Genoveva que en aquel momento terminaba sus oraciones, vió el movimiento de Magdalena y con implacable rudeza, la dijo:

—Así son castigados los hijos de los culpables. Dios castiga á los pecadores en su descendencia hasta la última generación.

Magdalena tuvo un acceso de loca rabia contra aquella mujer que hallaba siempre á su paso arrojándola al rostro sus monstruosas creencias.

—¿Por qué me mira usted así? ¿Tanta extrañeza le causo? ¡Hábíame ya olvidado de su locura y vuelve usted á insultarme! Debí pensar que la encontraría en mi camino hasta el último momento, con el brazo levantado, amenazador é inexorable como el destino... Usted representa la fatalidad, usted es el castigo.

Los ojos de la fanática fulguraban. Repetía con cierta exaltación profética:

—La hora se aproxima, la hora se aproxima.

—¡Oh! ya he sufrido bastante—exclamó ásperamente Magdalena;—quiero ser castigada y me castigaré yo misma... Pero usted no puede condenarme. Usted no ha luchado, no ha vencido, usted no sabría juzgar la vida... ¿Puede usted consolarme?

—No—repitió la protestante;—es preciso que lllore usted y que bese agradecida la mano que le castiga.

—¿Puede usted lograr que Guillermo vuelva á amarme y que encontremos de nuevo la tranquilidad perdida? ¿Puede usted prometerme que sufriré sola el día que me humille?

—No, si Guillermo sufre es porque también él es culpable. Dios sabe á quien castiga.

Magdalena se irguió con soberbia violencia.

—¡Pues bien!—dijo,—si no puede usted hacer nada, ¿qué hace usted aquí? ¿por qué me tortura?... Yo no necesito á Dios, me juzgo y me condeno yo misma.

Se detuvo falta de fuerzas. Al bajar la cabeza se fijó en el cadáver de su hija que parecía escucharla con la boca abierta. Tuvo vergüenza de su cólera, cuyo estallido pasaba con silbidos de látigo sobre aquel pobre cuerpecito dormido eternamente. Abismóse un instante en aquel espectáculo, atraída por él y saboreando la locura de la muerte. La calma imponente de Lucía, la expresión de reposo fija en su rostro, le prometían una eternidad de sueño,ecerse perdurablemente en brazos del vacío. Asaltóle un deseo vivísimo de saber cuanto tiempo le faltaba para estar como su hija helada y rígida.

—¿A que hora ha muerto?—preguntó á Genoveva que volvía á sus rezos.

—A las doce.

Aquella breve respuesta cayó sobre Magdalena como un

golpe de maza. ¿Tendría razón Genoveva? ¿Sería su falta la causa de la muerte de su hija? A las doce estaba ella en brazos de Jacobo y á las doce moría Lucía. Esta coincidencia le pareció fatal, atroz. Oía sus amorosos quejidos mezclarse á los estertores de la agonía de su hija, y se volvía loca comparando aquella escena de voluptuosidad con esta escena de muerte. Durante algunos minutos estuvo como alelada; después se preguntó que hacía allí y para qué había ido á la Noirande. No lo sabía, su cerebro estaba como vacío y no atinaba con la respuesta. Se preguntaba angustiada: «¿Por qué he venido con tanta precipitación de París? Yo tenía un proyecto.» Y hacía inauditos esfuerzos de memoria. De repente volvióle esta: «Ya lo sé, pensó, quiero matarme, he venido á matarme.»

—¿Dónde está Guillermo?—preguntó á Genoveva.

La vieja hizo un gesto de ignorancia, sin dejar de mascullar entre dientes vagas palabras. Magdalena se acordó entonces del resplandor rojizo que había visto desde la verja de la entrada y que iluminaba extrañamente la ventana del laboratorio. El instinto la empujó. Salió de la alcoba y subió rápidamente la escalera.

Guillermo, en efecto, se encontraba en el laboratorio. Al escapar de la habitación donde Lucía acababa de morir, se había refugiado en el parque dando vueltas por él loco de pena. Cuando el crepúsculo cayó como fina ceniza, dando á la campiña un tinte gris uniforme de una melancolía dolorosa, sintióse poseído de un anonadamiento sin límites y tuvo el deseo de hundirse en cualquier lúgubre lugar donde pudiera satisfacer la necesidad de aniquilarse que sentía. Maquinalmente entonces obedeciendo á una fuerza fatal, fué á buscar la llave del cuarto donde el señor de Viargne se había envenenado, oculta y olvidada desde aquel día en el fondo de un cajón. Desde la época del suicidio, Guillermo no había puesto los pies allí. No hubiera tampoco podido explicar la atracción irresistible que le obligaba á subir á él; era como un anhelo de horror, una rabia de agotar á la vez los sufrimientos y los temores. Cuando entró en aquella vasta pieza, débilmente alumbrada por la bujía que llevaba en la mano, le pareció más sucia, más desarreglada que nunca. En los rincones veíanse aún montones de basura y pedazos del horno y planchas oxidadas. Nada había sido tocado, pero el polvo de cinco años se acumulaba sobre aquellas ruínas, las arañas del techo habían tejido telas que descendían hasta el suelo parecidas á negruzcos harapos; el aire encerrado en aquel lugar siniestro, dormía enrarecido y nauseabundo. Guillermo puso la bujía sobre la mesa y estuvo en pie mirando á todas

partes con fijeza. Al ver á sus pies la mancha de sangre que su padre había dejado en el suelo, se estremeció poderosamente. Después escuchó. Un presentimiento le advertía que en aquella habitación entre aquellas suciedades, recibiría un golpe supremo. Aquella habitación donde no había entrado nadie desde que se cerró y que volvía á encontrar siniestra y tranquila, parecía que le había estado esperando durante sus cinco años de mentirosa felicidad. Ahora se abría y se sentía atraído como una presa que desde largo tiempo estaba prometida.

En su espera temerosa, Guillermo se acordaba de su existencia de dolores, de aquel anonadamiento continuo que le trituraba su espíritu y su cuerpo. Recordó una vez más su infancia aterrada, sus dolorosos años de colegio, los últimos meses de locura y de angustia que estaba sufriendo. Todo se encadenaba, todo le empujaba á un terrible desenlace al que se sentía próximo.

Ahora que los hechos cuya marcha lógica é implacable podía seguir, le arrojaban al fondo de aquella habitación manchada con la sangre de su padre, se consideraba escogido ya por lá muerte y adivinaba que el destino, tras una postrera brutalidad, iba á hundirle en la nada.

Media hora hacía que estaba allí, cuando oyó en el corredor ruido de pasos; precisamente en aquel momento tenía el presentimiento de que alguien vendría á darle el golpe supremo. Magdalena apareció en el umbral. Estaba aún envuelta en su chal y no se había quitado ni los guantes ni el sombrero. Con rápida ojeada examinó el laboratorio donde por primera vez entraba. Algunas veces había oído hablar de aquella habitación siempre cerrada y conocía la lúgubre leyenda. Cuando apercibióse del desorden y suciedad del laboratorio, entreabrió sus labios singular sonrisa; sobre aquella suciedad era digna de morir. Como á Guillermo parecióle que la habitación la esperaba hacía años.

Se dirigió á su marido.

—Vengo á hablar contigo Guillermo—dijo.

Hablaba con acento claro y frío. Toda su fiebre se había calmado. Con la cabeza alta, los ojos resueltos, tenía la actitud inexorable de un juez.

—Hace algunos meses, que te pedí una gracia al dejar la posada de Nantes: que me dejaras morir el día en que nuestra vida de torturas que se hiciese intolerable. No he podido dominar mis pensamientos ni calmar mi corazón; vengo á recordarte tu promesa.

Guillermo no contestó. Adivinaba las razones que su

mujer iba á darle y las esperaba dispuesto á aceptarlas no pensando en luchar por más tiempo.

—Ya ves á que extremo hemos llegado—prosiguió Magdalena,—estamos arrinconados, encerrados en esta pieza donde los acontecimientos han acabado por empujarnos. Cada día, hemos perdido un poco de terreno, mientras veíamos cómo se cerraba el círculo de hierro que nos rodea limitándonos el espacio. Poco á poco todos los sitios se han hecho inhabitables para nosotros, cerebros enfermizos: el pabellón, nuestro hotel de París, hasta el comedor de la Noirande y la alcoba donde acaba de morir nuestra hija. Ahora estamos encerrados aquí, en el fondo de este retiro siniestro, de este último asilo de nuestra locura. Si nos empeñamos en salir de aquí, será para seguir rodando y descendiendo, para llevar una vida más infamante y vergonzosa; ¿no es esto verdad?

—Es verdad—contestó Guillermo.

—Estamos aquí frente á frente sin poder cambiar una palabra, una mirada, sin mortificarnos y ofendernos. Yo no te pertenezco; pertenezco á los recuerdos que por la noche vienen á agitarme con horribles pesadillas. Nada ignoras tú puesto que me despertaste una noche cuando me entregaba á un fantasma durante mi sueño. No te atreves ya á estrecharme contra tu pecho ¿verdad, Guillermo? Estoy gestionada por el espíritu de otro hombre. Y tú tienes razón sobrada; estás celoso, desesperado, resuelto á todo como yo misma, ¿no es cierto?

—Es cierto.

—Nuestros amores serían pues vergonzosos y cobardes ahora. Aunque cegáramos de intento, yo, adivinaría tus pensamientos y tú leerías en mis ideas y voluptuosidades deshonorosas. No podemos vivir juntos por más tiempo... ¿no es verdad?

—Es verdad.

Guillermo respondía como un eco y cada una de sus respuestas salía de sus labios clara y cortante como una hoja de acero. La actitud altiva y serena de su mujer había despertado en él el orgullo de su sangre, ya no tenía debilidades y procuraba dominar sus abandonos nerviosos, aceptando con valor el desenlace fatal que creía adivinar.

—A no ser—continuó con amargura—que prefieras vivir separado de mí, tú en una habitación y yo en otra como algunos esposos que se toleran sólo delante de la gente, para salvar las apariencias. Ya hemos conocido matrimonios de esos en París. ¿Querías probar esta vida?

—No—contestó Guillermo,—te amo todavía Magdalena. Nos amamos y esto es lo que nos mata... ¿no es cierto? Si

vivimos juntos quiero ser tu marido, tu amante. También has visto como no hemos podido doblegarnos á la existencia egoísta y falsa de París. Debemos vivir uno en brazos del otro ó no vivir más.

—Pues bien, seamos lógicos: todo ha terminado entre nosotros. Tú lo has dicho, es nuestro amor el que nos mata. Si no nos amáramos viviríamos tranquilos. Pero amarse y manchar las caricias, desear abrazarse á cada momento y no tener valor para tocarse con los dedos, pasar las noches á tu lado recostada en el pecho de otro con el pensamiento, cuando daría toda mi sangre por acercarme á ti, esto acabaría por volvernos locos... todo ha concluído.

—Sí—repitió lentamente Guillermo,—todo ha concluído.

Hubo unos instantes de silencio. Los esposos se miraban con insistencia. Magdalena conservaba su calma espantosa, tratando de recordar si había olvidado decir á su marido alguna de las razones que la impulsaban al suicidio. Quería proceder fríamente, dejar bien probado que todas las esperanzas habían muerto para llegar á tal extremo convenida de hallar la más insignificante esperanza de curación. Insistió aún.

—No hagamos nada contra la razón—repitió,—recuerda bien los hechos... Yo quería morir en aquella fonda, pero, y esto no te lo había confesado, el recuerdo de mi hija me contuvo. Hoy Lucía está muerta, y puedo morir... Tengo tu promesa.

—Sí—contestó Guillermo,—vamos á morir juntos.

Ella le miró con extrañeza y espanto, y dijo con rapidez:

—¿Qué dices? Tú no debes morir. Tu muerte no ha entrado nunca en mis propósitos. No quiero que mueras. Esto sería un crimen inútil.

Guillermo protestó con desesperado gesto.

—No piensas—exclamó,—que en tal caso quedaría sólo yo para sufrir.

—¿Quién habla de sufrimientos!—replicó desdeñosamente Magdalena.—¿Es que vuelven tus debilidades? ¿Tienes miedo de llorar?... Si no se tratara más que de padecer no me mataría y seguiría luchando. Pero soy yo la causa de tu mal y me mato para que dejes de sufrir.

—No morirás sola.

—Te lo ruego, Guillermo, no aumentes el peso de mi falta. Si te arrastro en mi caída seré mucho más culpable; moriré más desesperada. Mi cuerpo está maldito, y amarga todo lo que le rodea. Cuando yo no exista, te tranquilizarás y podrás aspirar á ser dichoso.

Guillermo perdía la serenidad. La idea que se iba á quedar solo para sufrir le llenaba de espanto.

—¿Y qué voy á hacer sin ti?—exclamó.—Muerta tú no me queda más que morir también. Quiero castigarme además por mi debilidad que no me ha permitido salvarte. No eres tú la única culpable... Bien sabes, Magdalena, que soy un niño nervioso, á quien debes llevar en brazos sino quieres que caiga en cobardes abandonos.

Magdalena comprendía la verdad de estas palabras. Pero la idea de herir otra vez á su marido, al herirse ella, se le hacía insoportable. No respondió, esperando que se calmaría la exaltación de su marido y que entonces podría dominarle. Pero Guillermo no se resignaba, se sublevaba contra aquel proyecto de suicidio.

—Busquemos, busquemos otro medio—repitió febrilmente.—Esperemos, ten piedad.

—¿Esperar? ¿á qué? ¿cuánto tiempo?—dijo Magdalena con aspereza.—¿No ha concluido ya todo? ¿No lo decías tú mismo hace un momento? ¿Crees acaso que no leo en tus ojos? Atrévete, pues, á decir que mi muerte no es necesaria, fatal.

—Busquemos, busquemos otro medio—repetía febrilmente Guillermo.

—¿Por qué tus labios pronuncian estas frases vacías de sentido? Es inútil buscar, no hallaremos curación. Y tú sabes eso, lo sabes bien y hablas para aturdir con el ruido de tus palabras el mayor que hacen tus pensamientos. Guillermo se retorció las manos.

—No, eso no—replicaba.—Tú no puedes morir así, te amo y no quiero que te mates, ese suicidio no se verificará.

—No es un suicidio que es una ejecución—respondió gravemente Magdalena.—Me he juzgado y me he condenado. Déjame hacerme justicia.

Magdalena observaba que su marido iba perdiendo energías, y prosiguió diciendo con acento de rudo dominio:

—Me hubiese matado en nuestra casita de París esta misma mañana, si hubiese sospechado que vacilarías de este modo. Pero creí que no debía disponer de mí sin explicarte antes las causas de mi muerte. Ya ves que soy razonable.

Guillermo gritó con sublime desconsuelo:

—Debías haberte matado sin decirme nada, y yo me hubiera muerto en seguida... Eres cruel con tus razonamientos.

Se había sentado en el borde de la mesa, faltar de fuerzas. Magdalena decidió concluir de una vez. Estaba fatigada y ansiaba buscar el descanso eterno. Un secreto egoís-

mo la hacía abandonar á su marido á su destino. Ya había hecho cuanto pudo para salvarlo y podía dormir tranquila para siempre. No se sentía con valor de vivir para que él viviera.

—No sigas luchando—exclamó mirando rápidamente en torno suyo.—Es preciso que yo muera ¿verdad? No digas que no. Déjame obrar.

Acababa de ver el armario del laboratorio donde el señor de Viargne había guardado los nuevos tóxicos descubiertos por él. Algunos minutos antes de subir la escalera se había dicho: «Me arrojaré por la ventana; el laboratorio está en el tercer piso y me estrellaré contra el pavimento.» Pero la vista del armario y de los frascos donde leía escrita la palabra *Veneno*, por el dedo del conde en gruesos caracteres, le hizo escoger otro género de suicidio. Tuvo un movimiento de alegría y avanzó resueltamente hacia el armario.

—¡Magdalena! ¡Magdalena!—gritó aterrado Guillermo.

Pero ya la joven había roto un cristal del armario de un puñetazo. El vidrio le hirió profundamente en los dedos. Cogió un frasco, el primero que le vino á la mano. Entonces de un salto, su marido se llegó á ella cogiéndola fuertemente por las muñecas para impedir que llevase el frasco á sus labios. En sus manos sentía la tibia sangre que brotaba de la herida que Magdalena se había hecho.

—Te destrozaré las muñecas antes de dejarte beber—dijo.—Quiero que vivas.

Magdalena le miró á la cara.

—Bien sabes que esto no es posible.

Luchaba Magdalena con desesperación, dando bruscas sacudidas para verse libre. Pero su marido le apretaba con fuerza las manos, y repetía:

—Dame ese frasco, dame ese frasco.

—Vamos—decía Magdalena con ronca voz,—no seas chiquillo, déjame.

Guillermo no respondió. Se esforzaba para separarla los dedos uno á uno y quitarle el veneno. Sus manos estaban teñidas por la sangre de la cortadura de Magdalena. Esta comprendió que se agotaban sus fuerzas y tomó un partido supremo.

—¿Todo lo que te he dicho no es suficiente para probarte que debo morir y que es una crueldad impedírmelo? Guillermo guardó silencio.

—¿No te acuerdas ya—continuó con creciente violencia—de la habitación donde había yo dormido con mi amante; no recuerdas la mesa donde había escrito «amo á Jacobo»

y de las cortinas que yo apartaba en las noches abrasadoras del estío?

Al oír el nombre de Jacobo, Guillermo se estremeció, pero se empeñó con doble rabia en apoderarse del frasco.

Entonces Magdalena, enloquecida gritó:

— ¡Tanto peor! quería ahorrarte la postrera vergüenza, pero me obligas á ser brutal... Esta mañana he mentido, no me había olvidado de nada; me he quedado en París para ir á ver á Jacobo. Me proponía alejarle de nosotros y he caído en sus brazos como una ramera... ¿Lo oyes, Guillermo? Vengo de los brazos de Jacobo.

Bajo el rudo golpe de aquella confesión, Guillermo soltó por fin la mano de Magdalena. Sus brazos inertes cayeron pesadamente; sus ojos se fijaron estúpidamente en su mujer. Retrocedió lentamente.

— ¡Ah! ¿Lo ves?—dijo Magdalena con extraña sonrisa de triunfo.—¿ves, como consientes en mi suicidio?

Guillermo retrocedía aún. Llegó á la pared y se apoyó en ella sin dejar de mirar á Magdalena. Una ansiedad invencible le encorbaba hacia su mujer para seguir mejor todos sus movimientos. Magdalena levantó el frasco y se lo enseñó á su marido.

—Voy á beber, Guillermo. Me das permiso ¿verdad?

Guillermo guardó silencio, con los ojos fuera de las órbitas y los dientes castañeteando con fuerza. Poco á poco se iba recogiendo sobre sí mismo como para escapar al espectáculo que tenía ante sí y del que no podía reparar sus miradas.

Magdalena elevó lentamente el frasco y lo vació de un trago. Mientras bebía no apartó los ojos de su marido. El efecto del veneno tomado á tan alta dosis fué inmediato. Magdalena dió una vuelta con los brazos abiertos y cayó de cara contra el suelo donde sólo una postrera convulsión la agitó. Su espléndido moño de pelo rojo, se deshizo extendiéndose sobre el pavimento como un mar de sangre.

Guillermo no había perdido ningún detalle de esta rápida escena. A medida que su mujer bebía, se encogió de suerte que se encontró sentado sobre los talones apoyado contra el muro. Cuando Magdalena cayó con sordo estrépito parecido al de una masa de plomo, sintió retemblar el suelo y le pareció que la caída de Magdalena repercutía en su cerebro destrozándole el cráneo. Durante algunos segundos miró el cadáver por debajo de la mesa. Después lanzó una estridente carcajada. Se levantó de un salto y se puso á bailar por el laboratorio marcando el compás, golpeando una contra otra sus manos ensangrentadas, cuyas manchas rojas examinaba con accesos de nerviosa alegría.

Dió varias vueltas de este modo, en torno de la habitación, pisoteando los pedazos de las redomas y de los frascos que concluyó por esparcir en todas direcciones. Por último se le ocurrió saltar por encima del cadáver de su mujer con los pies unidos, como los niños juegan al salto del cordero. El infortunado seguía riendo como si aquel juego le pareciera muy divertido.

En aquel momento apareció Genoveva en el umbral de la puerta. Inmóvil, rígida, parecida al destino, escudriñó con una mirada aquella vasta y siniestra sala llena de fétidas exhalaciones, con sus rincones llenos de inmundicias, y apenas iluminada por la vacilante luz de una bujía. Cuando Genoveva vió el cadáver en el suelo aplastado por aquel loco que reía y danzaba diabólicamente, convulsivamente en la indecisa sombra, irguió su elevada estatura y exclamó con su voz seca y triunfante:

— ¡Dios Padre no ha perdonado!

FIN

OBRAS DE VENTA EN ESTA CASA EDITORIAL

Dos obras nuevas de Zamacois

EL TEATRO POR DENTRO

POR

EDUARDO ZAMACOIS

Es uno de los libros más sugestivos del popular escritor. Como su título indica, se describe en esta obra con sin igual maestría y gran conocimiento de las costumbres de escenario cuanto á la vida de *entre bastidores* se refiere, iluminando sus misterios con la luz del ingenio y la observación. Si Zamacois no tuviera ya alto renombre, con este libro lo alcanzaría. Un tomo de 192 páginas: 1 peseta.

*

DESDE MI BUTACA

APUNTES PARA UNA PSICOLOGÍA DE NUESTROS ACTORES

POR

EDUARDO ZAMACOIS

En este sugestivo libro que ningún actor ni ningún aficionado al teatro debe desconocer, se explica la técnica, el modo de declamar, de accionar, de prepararse para la escena, de estudiar; el ser íntimo, en fin, de los más renombrados actores que actualmente pisan la escena de España y América. Salpicado el relato de anécdotas curiosísimas, constituye esta obra perfecta un verdadero tesoro del arte de Talía.

Un tomo de 288 páginas con 13 buenos retratos de actores y actrices: 2 pesetas.

✦ CARTAS DE AMOR ✦

POR

MARCEL PRÉVOST

Este libro, cuyo autor goza de gran fama y renombre en todos los pueblos cultos, se distingue de entre los más notables en lo que llamaríamos «salirse de filas». En sus maravillosas páginas, de un atrevimiento elegante y encantador, desfilan bellas amadoras que en sus cartas dejan su espíritu galante, delicado y malicioso. Un tomo de 254 páginas: 1 peseta.

La Revolución Portuguesa

POR
JOSÉ BRISSA

Completísimo libro que contiene cuanto se refiere á tan importante suceso histórico.

Los momentos trágicos de la revolución están descritos según relatos de testigos presenciales, con toda la conmovedora grandeza del movimiento republicano.

Son bellísimas las ilustraciones de esta obra; vistas de barricadas y efectos de los proyectiles, campamentos de tropas revolucionarias, artillería que luchó en las calles de Lisboa, retratos é infinidad de notas curiosas fotografiadas.

Un tomo de 320 páginas y 135 grabados.

PRECIO: 2 pesetas

En tela, 3 pesetas

VIDA ARGENTINA

POR
CESARINA LUPATI

VERSIÓN ESPAÑOLA DE **AUGUSTO RIERA**

Entre las variadas publicaciones que con ocasión del centenario de la independencia Argentina vieron la luz, podemos recomendar á nuestros lectores la que lleva el título precedente.

En el libro de Cesarina Lupati podrá estudiarse la vida, las costumbres, los elementos de riqueza, la fuerza maravillosa de esa raza joven, galardón de la vieja España, contado con sencillez y amenidad. Un fino espíritu de observación campea en todas sus páginas, avalorando el mérito de la obra la fidelidad y galanura de la traducción. *Vida Argentina* forma un volumen de 266 páginas en excelente papel satinado con 52 ilustraciones fotográficas de Buenos Aires y su campaña, todas ellas recientemente obtenidas. Precio 3 pesetas.

MARAVILLAS AMERICANAS

CURIOSIDADES GEOLÓGICAS Y ARQUEOLÓGICAS.

PERSPECTIVAS, TRADICIONES,
LEYENDAS, EPISODIOS HISTÓRICOS,
ALGO DE TODO

FOR LA

BARONESA DE WILSON

Este libro de la escritora más popular en América, es ameno, entretenido, curioso y por extremo atrayente é instructivo. Puede clasificarse entre los que proporcionan, no sólo grato solaz, sino encanto singular, que se renueva á cada página, cautiva el ánimo y le suspende con las brillantes descripciones, los bosquejos de costumbres interesantes, los episodios sensacionales que relata con singular maestría.

Enlázase en el conjunto de la obra lo primitivo con lo prehistórico, la época contemporánea con la colonizadora; y sus cuadros, en fin, trazados á vuela pluma constituyen fieles copias de la vida americana.

2 tomos de 238 y 220 páginas con 56 correctos grabados fotográficos

5 PESETAS

EL GRAN MARISCAL DE AYACUCHO

JOSÉ ANTONIO SUCRE

Y

EPISODIOS ORIENTALES

POR

VICENTE PESQUERA VALLENILLA

Un tomo de 220 páginas con una lámina de doble página con los retratos de los héroes de la batalla de Ayacucho

2 pesetas,



